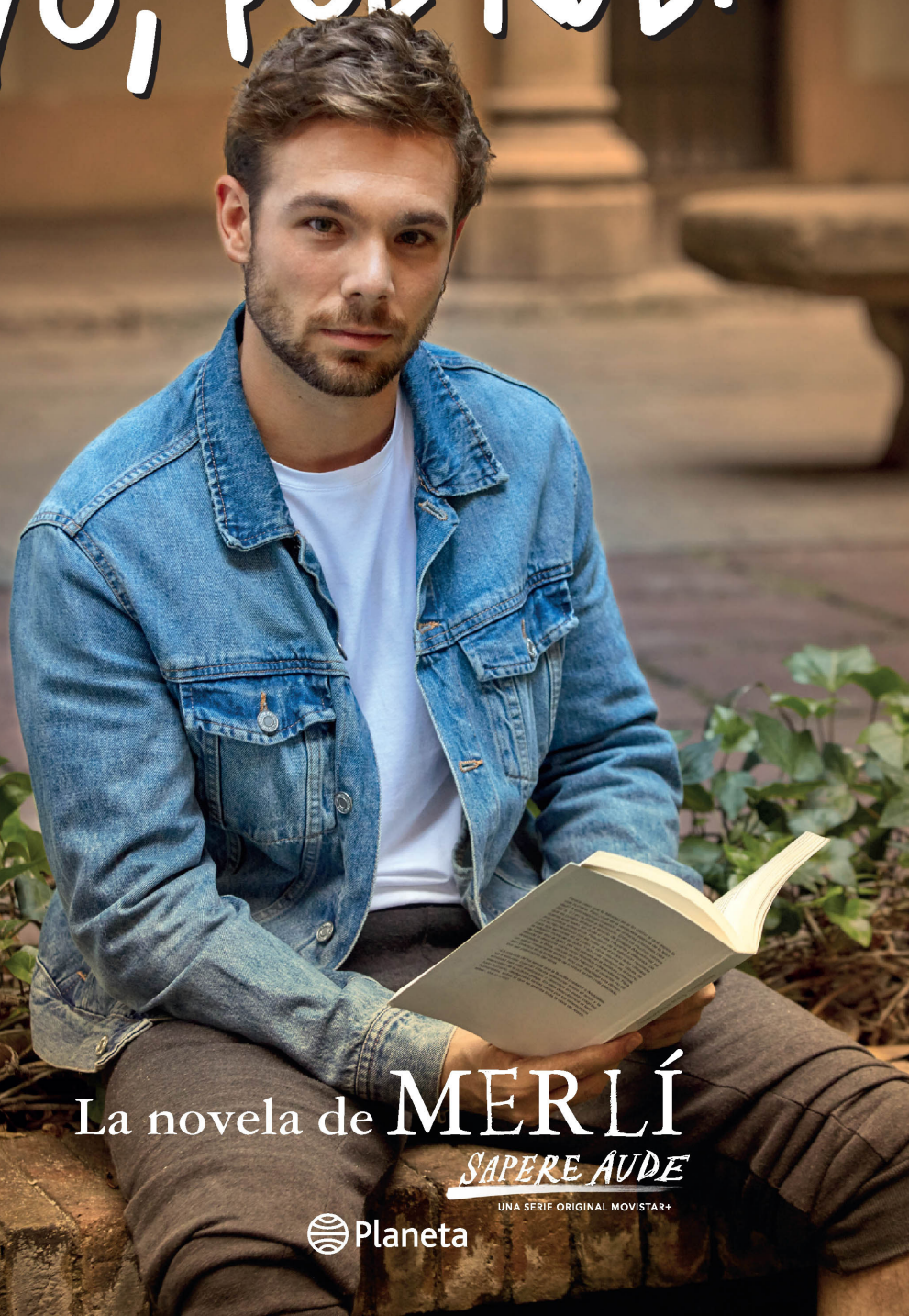


HÉCTOR LOZANO

YO, POL RUBIO



La novela de **MERLÍ**
SAPERE AUDE



Planeta

UNA SERIE ORIGINAL MOVISTAR+

HÉCTOR LOZANO

YO, POL RUBIO

CROSSBOOKS, 2020

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrojuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Héctor Lozano

© 2020 Telefónica Audiovisual Digital, S. L. U.

Todos los derechos reservados.

© Basado en el formato «Merlí i els peripatètics», licenciado por

TV3 Corporació Catalana de Mitjans Audiovisuals, S. A.,

y Nova Veranda 2010, S. L., 2020

© de la traducción: Carlos Fajardo Calpe

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22406-8

Depósito legal: B. 293-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Yo, Pol

Yo, Pol Rubio, el chulito de lágrimas dulces, aprendiz de filósofo y artista del gotelé, el querido discípulo del gran Merlí, el que era conocido entre sus amigos como «toro», «tete», «malote» y no sé cuántos mote más..., voy a explicaros cómo fue aquel primer verano sin nuestro gran maestro, mis pasos iniciáticos en la Facultad de Filosofía, mis aventuras inconfesables con Bruno Bergeron, y otras historias sexuales y amorosas interesantes.

¿Estás aquí? Sí..., noto tu presencia. Y no porque realmente estés aquí, sino porque ya te encargaste tú de formar parte de mí para siempre. Cierro los ojos y te veo frente a la pizarra. Vuelvo a escuchar tus lecciones. Río contigo. Estás tan cerca que casi podría abrazarte, algo que en realidad no hice nunca. ¿O quizá sí? Me gusta imaginar que lo hice, y disfrutar de cada instante en que hablo contigo a través del pensamiento.

Ahora que por fin tengo en mis manos el título de Graduado en Filosofía por la Universidad de Barcelo-

na, resulta que me dedico a pintar paredes por cuatro pavos. Ya lo decía la Bolaño, la profesora de ética que se convirtió en mi «segunda Merlí»: «Bienvenidos a la carrera sin salidas». No solía equivocarse, pero aquel día lo hizo, porque sí que había una salida: poner un anuncio en internet que ofreciera «Pintor barato, Barcelona». Son las palabras clave. Por supuesto, tendría más clientes si utilizara palabras más originales... «Pintor filósofico explica el mito de la caverna mientras pinta de azul la habitación de sus hijos con gaviotas y globos». Puede que sí, pero ¿quién me contrataría? ¿Alguien querría que un iluminado le decorase la casa con estucado veneciano? Si pretendes encontrar un trabajo de lo que sea, es mejor que no digas que tienes estudios superiores. Y así lo hice. Recuerdo que un día, hace muchos años, me prometí a mí mismo que no acabaría como mi padre y mi hermano, trabajando en algo que no me gustara. Ahora, brocha en mano, otorgo el indulto a arañas de patas largas mientras sueño con que mi deseo se haga realidad: algún día seré profe de instituto. Ganas no me faltan. He enviado currículums a escuelas privadas y concertadas. Y no he recibido ni una miserable respuesta. Me gustaría trabajar en la escuela pública, pero me han dicho que tardaré dos o tres años en ser admitido en un instituto de secundaria para dar clases de bachillerato. ¡Es que nos están obligando a irnos a Canadá, joder! Esta frase podría ser de Merlí, y sonrío al pensar que algo de él se me ha acabado contagiando.

Bruno Bergeron y yo somos novios, y vivimos juntos desde hace un año. Dimos el paso después de la graduación. Esta noche hemos salido al teatro. La Calduch estrenaba *La reina Lear*, de Shakespeare, en el Teatro Romea. Algunos directores cambian el sexo del protagonista, y estoy seguro de que fue ella la que convenció al director de que Shakespeare se había equivocado y que realmente quería escribir sobre una reina y no sobre un rey. Hemos conseguido las mejores entradas, justo en el centro, fila cinco, junto al pasillo. Ventajas de ser el nieto y el novio del nieto de la reina protagonista. Por desgracia, a Tania y a Marc Vilaseca, que también son pareja, les ha tocado en las últimas filas, y encima en un lateral. Lástima, porque mola compartir fila con el Vilaseca. Se le pone cara de *empanao* viendo la función, y Tania le cierra la boca y le dice que parece un poco tonto. Si la obra es aburrida, siempre te puedes distraer mirándolo a él.

Bruno llevaba toda la tarde callado, y a mí ya me estaba poniendo nervioso... Este es de los que dicen más por lo que callan que por lo que no callan. Sabía que el *pájaro* tenía algo dentro, y que podía explotar en cualquier momento. Justo cuando ha comenzado a bajar la intensidad de la luz en la sala y todo el mundo estaba en silencio, ha soltado su bomba:

—¿No va siendo hora de que nos casemos, mahlote?

Un segundo antes de que se hiciera la oscuridad total, he podido distinguir una sonrisa maliciosa en

sus labios. A menudo le gusta jugar conmigo como si fuera su pajarito enjaulado, y la verdad es que a mí también me gusta. He de reconocer que en el fondo me pone cachondo pensar en la noche de bodas. ¿Dónde iríamos de viaje? ¿Nueva York? ¿Marbella? ¿Venecia? Con la poca pasta que tenemos, no llegamos ni a Valencia. Si la oscuridad hubiera durado más tiempo, le habría morreado y muchas cosas más. Me da morbo jugar en la oscuridad. Pero eso ya lo contaré más adelante.

—¡Joder, Brunete! —le he dicho en voz baja, protestando por su atraco emocional. Y él ha visto cómo yo volvía a mi jaula, dando saltitos.

Bruno me ha pedido que Merlí, desde el más allá, sea mi suegro. El muy cabronazo me ha soltado la bomba de la boda justo antes de que se levantara el telón, y yo me he pasado toda la función tratando de desactivarla, pero no he encontrado la forma... Eso de cortar el cable azul o el rojo no funciona cuando te lanzan dinamita al cerebro. Joder, macho, ¡es que una cosa es vivir juntos y otra, casarnos! ¿Firmar un contrato? Pfff... Con el tiempo me he convertido en un experto en comerme el tarro. Antes no me daba cuenta de la cantidad de cosas que tenía en la cabeza... Debe de ser consecuencia de estudiar las teorías sobre el ser, la metafísica y la lógica. Ya podía estar la reina Calduch en el escenario, repartiendo la herencia entre sus tres hijas, que yo me encontraba en otro reino: el de la confusión, el de la incertidumbre y el del pasado que me atrapaba.

Rodeado por la luz tenue que llegaba a la platea, cerca del hijo y de la madre de Merlí, he comenzado a recordar momentos bonitos de mi vida (como la primera vez que llamé Brunete a Bruno), vivencias que me han marcado para siempre y que me han traído hasta aquí... Y siento muy dentro de mí que el máximo responsable de que hoy yo sea graduado en Filosofía y amante de Bruno es Merlí Bergeron, a quien dijimos adiós hace cinco años.

Voy dando vueltas a los miedos, a las inseguridades, a la huella del pasado, a las escenas morbosas... Por supuesto, siempre hay una parte que se debe ocultar. ¿Acaso no soy humano? ¿No soy una cosa que piensa, como la *res cogitans* de Descartes? ¿No dudo, afirmo, odio, amo, quiero, imagino y siento? Y, por tanto, como persona humana, ¿no tengo mis secretos? Cómo se nota que soy graduado en filo, ¿eh? Ja, ja... Pues resulta que en este momento, impregnado de todo aquello que he aprendido y que todavía no puedo transmitir a ningún alumno, necesito recordar algunos secretos metafísicos.

Yo, Pol Rubio, el alumno de filo con quien todos querían follar, creo sinceramente que la mía es una historia interesante y chula. Y aunque suene fatal, hay historias guapas que empiezan en un tanatorio, despidiendo al mejor profesor del mundo.

Dos deseos

Teníamos la edad de aprender mucho y con ganas, y también de pasarlo muy bien sin pensar en las clases. Lo teníamos todo, y no teníamos nada. Aquella época era muy parecida a la actual, porque cuando paso por la puerta de cualquier instituto puedo oír los mismos comentarios de los alumnos de bachillerato, mientras fuman y hablan a gritos junto a los semáforos.

Sucedió cuando comenzaba a apretar el calor y las aulas se vaciaban. Todo el mundo se sentaba en el suelo, buscando la sombra de los plataneros del patio en primavera. Fue entonces cuando Merlí Bergeron se dejó caer suavemente sobre la mesa de la clase, como si un ángel caído le hubiese dado un toque en la cabeza y se lo hubiera llevado a otra dimensión para que, allí, siguiera tocando los cojones a todo el mundo. Así me gusta imaginarlo.

En realidad, murió en el hospital, pero sus últimas palabras las pronunció en el aula, delante de Eugeni. Parece que dijo en voz alta la frase que acostumbraba

a decir la Calduch..., un pensamiento relacionado con la soledad. Suerte que ninguno de nosotros estaba allí en ese fatídico momento. No habríamos podido soportar ver cómo nuestro profesor moría de golpe sentado ante la misma mesa en la que nos había explicado Aristóteles, Epicuro, Hegel o Montaigne. Los peripatéticos, que era como nos había bautizado Merlí el primer día de clase, le habíamos ofrecido un merecido homenaje unas horas antes en la cocina del insti. El curso se acababa, y con una longaniza y un diploma le habíamos agradecido su inmensa generosidad. Poco después, mientras estábamos ocupados con los planes de verano y las miradas huidizas de amores secretos que se desvanecían, nos llegó la gran hostia. Merlí había sufrido un derrame cerebral y muerto al cabo de pocas horas, en el hospital.

Los tanatorios son como centros comerciales pero de mal rollo. En lugar de salas de cine y tiendas con escaparates llenos de fundas de móviles, allí tienen lo que llaman velatorios. Son lugares donde los familiares observan al muerto, como quien se deleita ante una de esas peceras de restaurante caro donde flota un estoico centollo esperando el fatal desenlace. Son espacios incómodos, y la gente que los ha diseñado lo ha hecho con la intención de que te sientas lo mejor posible en el peor momento posible. El personal de esos sitios va bien vestido, habla en susurros y se mueve con discreción, pero nada, no hay manera... Tú estás allí porque eres pariente o amigo íntimo de

esa persona que ya nunca tendrás a tu lado. Cuando entré y vi a tanta gente, no pude evitar preguntarme cuál de los peripatéticos sería el próximo. ¿Quién de nosotros será el último en recordar a Merlí? Era la primera vez que se me ocurría una idea tan perversa. A lo mejor me estaba convirtiendo en un filósofo tenebroso, y observaba a la humanidad en una gran sala a la espera de que la muerte me viniese a buscar. Como si todos fuéramos muertos que caminan hacia un destino inevitable. Pensar de esa forma me daba muy mal rollo. Rápidamente hice un gesto con la mano, como dándome una bofetada, para sacarme de dentro esos ataques de existencialismo rollo Sartre. Ese era el que decía que la muerte, igual que el nacimiento, es algo inesperado y absurdo. Con la muerte, las personas pierden su libertad y se quedan sin posibilidad de realizarse. Estoy de acuerdo, especialmente en el caso de Merlí. ¿Cuántos años le arrebató la parca en los que podría haber disfrutado como profesor o haber organizado acciones polémicas en el instituto? ¿Cuántas veces podría haberme dicho aquello de «¡Pol, no me acabes las frases, coño, escucha y aprende, burro!».

Pensaba en todo esto abrazado a Tania. Hacía poco que éramos pareja y estábamos enamorados. Nunca habría imaginado que Tania sería la primera persona de la que me enamoraría. Ahora, pasado el tiempo, veo que la razón era muy sencilla: ella me hizo ver que todos estamos hechos de muchas capas emocio-

nales. Pero lo que no pudo hacer es arrancar la máscara que ocultaba mi bisexualidad. Y allí, en el tanatorio, mientras me escondía del dolor de la muerte, a la vez que necesitaba a Tania a mi lado, también deseaba al pequeño Bergeron como nunca había deseado a nadie. Desde que empezamos primero de bachillerato, yo no hacía más que clavarle la mirada. Y, con el tiempo, la cosa fue a más: no solo estaba pendiente de su cara, sino que no perdía detalle de sus labios, sus brazos y su culazo.

Mi padre siempre me lo ha dicho: «Eres muy pillo, Pol...». Confieso que me movía por un camino muy pillo jugando a dos bandas entre mis dos amigos. Está claro que *merlineaba*. Y si el maestro había sido más pillo que yo y Zeus no lo había atravesado con un rayo, ¿quién decía que su discípulo no podía hacer lo mismo? Esconderme entre aquellos dos deseos me aligeraba y me provocaba placer. Me sorprendía al actuar como un mortal que se debatía en medio de una tempestad hormonal y no hacía caso de las advertencias de los oráculos. Para un tío como yo era una tentación desviarse del camino de rectitud donde uno más uno son dos. Para mí, en el amor y el sexo, uno más uno son cuatro. ¿O cinco? Las mates nunca se me han dado bien.

Aquel día todavía no había visto a Bruno. Imaginé que estaría pendiente de toda la gente que le daba el pésame. Como Oksana, la que menos había disfrutado de Merlí como alumna, pero a la que se veía muy

afectada. La acompañaba mi hermano Oscar, con el que salía desde hacía pocas semanas. Su historia de amor es una de las más rápidas y triunfales que he conocido nunca. Meteórica, si la comparo con la mía con Bruno, que es compleja, intermitente y agotadora hasta hoy. Claro que también está llena de sabor y de un morbo infinito.

Los alumnos peripatéticos necesitábamos estar juntos para superar aquel mal trago que no merecíamos. Éramos demasiado jóvenes y, en aquel momento, creíamos que la muerte era cosa de adultos. A nuestro alrededor veíamos a mucha gente famosa del mundo del teatro, que había venido a dar ánimos a Carmina Calduch.

La veíamos tras su apariencia de reina de Troya, ante la pira de su primogénito, derramando lágrimas que, por desgracia, eran muy reales, mientras de vez en cuando pegaba un trago al orujo de hierbas que llevaba en una petaca de plata oculta en su bolso. No se puede ser más melodramática, pero es que si ella no fuera así, su hijo Merlí no habría sido quien fue. Tanto una como el otro eran personas que destacaban de manera natural. Y el nieto también destaca, con ese aire de tío que clava miradas intensas y te deja como flotando, como me pasó a mí cuando lo vi aparecer entre la multitud. Cuando un tío es guapo, lo es hasta cuando acaba de llorar. La madre que lo parió, cuando pienso en ese momento, y lo veo vestido de negro, delgado de no haber comido... lo habría cogi-

do y me lo habría llevado al infierno para calentarnos. Pero como era habitual en mí, aquella emoción se enfrió de golpe y volví a la realidad: la sangre no tenía tiempo de llegar a todas las partes de mi cuerpo. Además, qué coño, en aquel momento se mezclaban tantas cosas que la presencia física de Bruno Bergeron solo tenía el efecto de alegrarme la vista en medio de un panorama tristísimo. Y el tío venía sonriendo porque había visto el trago de «manzanilla» que se acababa de meter su abuela. Se le escapó un poco la risa. Conocía a la Calduch como nadie, y sabía que a aquella mujer no le paraba los pies ni el Batallón Sagrado de Tebas. Entonces me salió de pronto, sin pensar, aquello de decirle suavemente:

—¿Qué tal, Brunete?

Por su leve movimiento de cejas entendí que aquel diminutivo le sorprendía. Sonaba sensible, casi un puntito gay, y él respondió con uno de sus tímidos «je, je» que aún hoy me dan calentón. Me puse nervioso, porque me había mostrado especialmente sensible con un tío delante de todos los compañeros de clase. Tania, sin embargo, no reaccionó de ninguna manera especial, acostumbrada como estaba a mi ambigüedad sexual. El *loco* de Vilaseca, como siempre, se autoimpuso la amarga responsabilidad de arrancar una sonrisa al personal. Hizo una especie de gesto teatral y divertido tratando de aligerar el ambiente triste que nos rodeaba.

—Tu abuela es la hostia, Bruno. Tío, dile que venga de botellón con nosotros algún día.